

9. Prácticamente al mismo tiempo que desaparecía *La Novela Proletaria* de Ediciones Libertad, Cénit, una de las empresas cruciales de los años treinta,²⁴ probó fortuna con una serie de libritos (10,5 × 15,5 cm., entre ochenta y cien páginas, sesenta céntimos de precio) dedicada a recoger, con sentido «documental» e «informativo», «los hechos más salientes de la lucha de clases en nuestro país y en el resto del mundo».²⁵ «Episodios de la lucha de clase», pues tal era su título, acogería, según el expreso deseo de los editores, «fragmentos de realidad viva desgajados del panorama social de las luchas de todos los días». Su atención preferente, continuaban, sería para «la realidad española», pero sin descuidar por eso las vicisitudes del movimiento internacional, ya que a su juicio la lucha de clases respondía a unas características generales. La colección, claro está, obedecía a un planteamiento «didáctico»:

La experiencia revolucionaria, señalaba Cénit en la nota de presentación de la serie, debidamente recogida y explicada, enseña al proletariado, sobre todo en momentos de agudo dinamismo, mucho más que los libros y las conferencias doctrinales. Y a su vez éstos no pueden tener un sentido más que sacando las conclusiones y desentrañando las enseñanzas que encierra la realidad. Nuestros *Episodios* aspiran a ser eso: lecciones de realidad viva, en que las clases trabajadoras puedan leer sus luchas como en un espejo, y aprender de su propia experiencia, para seguir avanzando.

El para otros espinoso problema de la «tendenciosidad», esto es, la siempre delicada cuestión de las relaciones entre política y literatura, no suponía —al menos en esta serie— mayores dificultades para Cénit. La Editorial se conformó con aclarar que, desde su planteamiento, *tendenciosidad* no equivalía a sectarismo partidista. Sus móviles, enunciados con meridiana claridad, eran la realidad, el documento, la causa del proletariado y la revolución. Ni más ni menos:

¿Y la tendencia?, se preguntaban. Si llamamos *tendencia* a la voluntad inquebrantable de servir a los intereses del proletariado y de las masas trabajadoras de España, y de ayudarlas a encontrar los caminos de su revolución, nuestra labor será, evidentemente, una labor tendenciosa en el más alto grado. Pero no así, aclaraban, si por *tendencia* se entiende el deseo de infiltrar a todo trance en las filas revolucionarias una determinada ideología partidista, como el dogma de una escuela o de una secta. No; nuestros *Episodios* no tendrán más aspiración ni otro cometido que los de responder dignamente a su nombre y ser acreedores a los dictados de *revolucionarios* y *proletarios*. Para esto se apoyarán sobre una base rigurosamente documental, pues nada hay menos *revolucionario* ni menos *proletario* que emborrachar a las masas con cantinelas o presentarles sembrado de rosas un camino erizado de dificultades, de reveses y de peligros...

Proyectada, por tanto, como una serie abiertamente dedicada a la instrumentalización del libro en favor de la «revolución proletaria», *Episodios de la lucha de clases* se inserta en la misma corriente de *La Novela Roja* y *La Novela Proletaria*. Sin embargo, en cuanto a los autores y la temática existe una notable diferencia, pues frente a

²⁴ Ejecutando un proyecto que entre ambos habían concebido en la Cárcel Modelo, hacia finales de 1928 Rafael Giménez Siles y Graco Marsá fundaron Cénit, editorial que prolongaría su actividad, publicando en total bastante más de doscientos volúmenes, hasta el estallido de la guerra. Su impresionante balance de aciertos incluye hitos tan destacados como las rigurosas versiones de varios textos marxistas fundamentales, tarea que corrió a cargo de Wenceslao Roces, la introducción de multitud de autores de primera línea (Herman Hesse y Cholojov, por ejemplo) en el mundo del libro en lengua española, o el «descubrimiento» de Sender y César Vallejo.

²⁵ Casas Viejas, por Ramón J. Sender. Nota editorial de presentación de la serie, pp. 7-8.

la homogeneidad en estas materias de aquellas colecciones y pese a las afirmaciones programáticas de Cénit («hemos de consagrar atención muy preferente a la realidad española», manifestó), sólo uno, el primero, de los cuatro títulos de los *Episodios* es obra de temática y autor español: *Casas Viejas* de Ramón J. Sender, siendo sus compañeros de catálogo A. Rugger, con *El acorazado rojo Zeven Provincien*, Boris Savinkov, con *La ejecución del Gran Duque Sergio*, y Máximo Gorki, que cedió a la colección *El domingo sangriento*, extraordinaria novela corta. A continuación estaban anunciados *El cuartel del Carmen de Zaragoza*, también de Sender, *Semana sangrienta* de J. Maurín y, más inconcretamente, sendas obras sobre los recientes sucesos de Sevilla, Arnedo, Villa de Don Fadrique y Castilblanco, cuatro localidades unidas por el triste factor común de la sangrienta y excesiva violencia que las fuerzas del orden de la República desplegaron para «apaciguar» unas movilizaciones que, de ningún modo, merecían la respuesta de plomo que recibieron; Sevilla, Arnedo, Villa de Don Fadrique y Castilblanco, «nombres que por sí solos son una lección y una enseñanza», apostillaba Cénit. Sender, en *Casas Viejas*, exteriorizaba el mismo espíritu de desencanto que dominaba a los autores de *La Novela Proletaria*:

Menos mal que los socialistas, concluye, siguen diciendo que ésta es una República democrática regida por intelectuales, y que desarrolla una *alta política*. Claro que todo eso es compatible con el contento y la satisfacción con que los terratenientes andaluces monárquicos y feudales se acercan a los partidos republicanos y a los socialistas *dispuestos a colaborar con entusiasmo. Ante todo, la Patria*, como decía el jefe de los guardias en la Plaza de Casas Viejas, antes de dar los tres vítores.²⁶

10. Tras el desmoronamiento de Ediciones Libertad y la casi inmediata paralización de los *Episodios* (verano del treinta y tres) siguió un período muy adverso para la prensa izquierdista: el del bienio negro, el de la desrepublicanización de la República, período repleto de renovadas trabas legales de toda índole que desembocó en la fracasada insurrección de octubre del treinta y cuatro y en su penosa estela de víctimas, de cárceles, de procesamientos y exilios. La crispación de la vida política, desgarradoramente escindida entre una revolución que incluso parecía posible y la cruda realidad de una reacción bien aferrada al Poder, impulsó a los escritores revolucionarios, sin duda ya fatigados de tanto predicar la revolución, a afrontar con plenitud, sin ambigüedades, las exigencias de su compromiso en detrimento de sus tareas literarias.

Ahora bien, superados los peores momentos del bienio derechista, hacia sus postrimerías, volvió a ser barajada la idea de lanzar una colección de breves narraciones revolucionarias: «pronto aparecerá», anunciaba a mediados de septiembre de 1935 un importante diario madrileño, «*La Novela Proletaria*. En ella colaborarán», precisaba, los escritores «A. del Amo, Arconada, Bazán, Blanco, Burgos Lecea, Camarero, Castro, Galán, Delgado, Jiménez de Molina, Masferrer, Cantó, Muñiz, Musol, Parajar y Sánchez Guerra», quienes contarían con el concurso de los dibujantes «López, Puyol y Yes».²⁷ La identidad de estos autores revela que se trataba de una iniciativa de inspiración comunista: diez, por lo menos, de los dieciséis supuestos novelistas más dos de los tres

²⁶ *Casas Viejas*, por Ramón J. Sender.

²⁷ Heraldo de Madrid, 19 de septiembre de 1935, sección «Cartelera».

ilustradores comprometidos estaban afiliados al P.C.E., repitiéndose además con insistente frecuencia los nombres de todos ellos en sus publicaciones. El argentino Armando Bazán, que aquel mismo año publicó un duro ensayo contra Unamuno.²⁸ Burgos Lecea, director de *Frente Literario*,²⁹ el novelista social César Muñoz Arconada, antiguo redactor jefe de *La Gaceta Literaria*,³⁰ y el dibujante Ramón Puyol, uno de los mejores y más acreditados portadistas de los años treinta (suyas son la mayor parte de las cubiertas de los libros publicados por las editoriales de «avanzada»: Historia Nueva, Oriente, Cénit, etc.), gozaban de sólida implantación en los ambientes literarios de la época; también eran conocidos, aunque en menor medida, Yes, quien cuajaría plenamente durante la guerra civil,³¹ y los críticos A. del Amo, colaborador de *Nuestro Cinema* de Juan Piqueras, y E. Delgado, habitual en revistas del tipo de *Octubre* de Rafael Alberti y promotor él mismo, con Arconada y Serrano Plaja, de *El Tiempo Presente*;³² el resto de los autores mencionados carecían de proyección fuera de los reducidos círculos de la prensa afín al Partido Comunista. No deja de resultar curioso, curioso y significativo, el cuidadoso olvido que los promotores de esta frustrada *Novela Proletaria* dedicaron a sus predecesores de *Ediciones Libertad*: puestos a prescindir de todos sus colaboradores, incluso prescindieron de César Falcón, cualificado militante a la sazón del PCE, ausencia tal vez debida a su intensa dedicación a la complementaria tarea del teatro proletario; la de Balbontín, su compañero marxista-leninista en aquella colección, respondería, sin embargo, a su ruptura, expulsión incluida,³³ con dicho grupo (Falcón transitaría la misma senda hacia el final de la guerra). En cualquier caso, *La Novela Proletaria* comunista jamás superó la calidad de proyecto. Autorizada la reaparición de *Mundo Obrero*, y transformado además en diario, los escritores proletarios

²⁸ Unamuno y el marxismo. *Estudio previo de Ilya Ehreburg*. Madrid, Izquierda, 1935. Antes había publicado, según mis datos, otros dos libros: *La urbe doliente (Poemas)*, Lima, 1926; y *Urbes del capitalismo*, Madrid, 1931. Tradujo además *La escuela y el niño proletario*, Valencia, 1934.

²⁹ *Frente Literario*, «Periódico quincenal de literatura», Madrid, 1934; parece que sólo salieron tres números. Hasta entonces Burgos Lecea había publicado las siguientes obras: Xaixi, delantero, *Libro de cuentos*, Tomo I de «La ventana de papel», Madrid, Mundo Literario, 1928; *El cuaderno emborronado*, *Libro de aguafuertes*, Madrid, Frente Literario, 1931; y *Los caballitos del diablo*, *Libro de cuentos*, Tomo II de «La ventana de papel», Madrid, Frente Literario, 1933; también escribió una tragedia, *La heroína del amor sublime*, estrenada por el grupo *La Cancela Abierta* el día 1 de mayo de 1930 en el Teatro de la Comedia, y una comedia dramática, *La rosa inmarcitable*, puesta a su vez en escena por *El Mirador* el 21 de junio del mismo año en la Sala Spes (Ft. Los caballitos del diablo).

³⁰ Cf. mis trabajos «César Muñoz Arconada. Bio-bibliografía» en el número 47 de *Publicaciones de la Institución «Tello Téllez de Meneses»* (Palencia, Diputación Provincial, 1982) y *La guerra en Asturias, crónicas y romances de César M. Arconada* (Madrid, Ayuso, 1979. Biblioteca Silenciada, 2. Introducción).

³¹ *Ayuda*, semanario, órgano del Socorro Rojo (Madrid, 8 de febrero de 1936-22 de diciembre de 1938, 113 números) contiene abundantes ilustraciones de Yes, que antes había colaborado, entre otras revistas y diarios, con *Nuestro Cinema*, *El Tiempo Presente*, *Ruta*, *Mundo Obrero*, *La Lucha*, *Euzkadi Roja*, *Frente Unico* y *Pueblo*. Durante la guerra civil diseñó las cubiertas e ilustró diversas obras y folletos del Socorro Rojo. También publicó un libro, *La guerra al desnudo*, 25 grabados de la guerra. Por el dibujante proletario Yes, prólogo de Rafael Alberti («Biografía», nota del editor), Madrid, Editorial Roja, 1936.

³² Madrid, dos números, correspondientes a marzo y abril-mayo de 1935. Colaboraciones de Juan Chabás, García Lorca, Cernuda, Arconada, Leopoldo Panero, Jesús Prados Arrarte y Serrano Plaja en el primero, y de Alberti, Rosario del Olmo (entrevistas a Antonio Machado, L. Araquistáin, y Castrovido), Luis Aragón y Emilio Delgado en el segundo; ilustraciones de Miguel Prieto, Yes y Ramón (?).

³³ Las resoluciones orgánicas sobre su expulsión pueden consultarse en los números 50 y 51 del diario *La Lucha* (marzo de 1934). Cf. también su libro de memorias *La España de mi experiencia (Reminiscencias y esperanzas de un español en el exilio)*, México, 1952.

del PCE, ni tantos ni tan prolíficos, encontrarían en sus páginas ocasión sobrada para satisfacer sus cotidianas tareas de *agi-pro*.

11. Y es que, en definitiva, la novela revolucionaria de quiosco, elemental y primario recurso de propaganda, estaba condenada, por mor de tal planteamiento, a verse abandonada por sus propios impulsores en cuanto la realidad político-social o sus recursos económicos les permitían plantearse empresas de mayor envergadura. A corto plazo resultaban más eficaces y también más completos los periódicos, abiertos por supuesto a toda suerte de *folletones* o relatos, y desde otra perspectiva, la de la calidad literaria, no hace falta insistir en que el género, sometido a las ya señaladas restrictivas exigencias de la eficacia propagandística, disfrutaba (es un decir) de unos límites demasiado angostos. Podían darse, y de hecho se dieron, excepciones, pero sólo eso: excepciones.

A fin de cuentas, su máximo interés radica en que constituyen magníficos exponentes de su época, trasmitiendo un fiel reflejo del generoso proceso de radicalización, repleto de ingenuas idealidades, que durante las décadas de los años veinte y treinta recorrió los ánimos de cualificados representantes de la joven intelectualidad más inquieta; también ofrecen una buena muestra de los esfuerzos realizados desde algunos sectores del republicanismo radical para lograr sintonizar con las nuevas preocupaciones sociales características de aquel período. Las colecciones anarquistas, en especial las inspiradas por la familia Montseny, cumplieron una función diferente, mejor dicho, complementaria y armónica al estar incluídas en un vasto plan de publicaciones.

Gonzalo Santonja